

Psicología y desarrollo humano

Un camino de conversión en la relación: la parábola del hijo pródigo

Hna. Virginia Isingrini

Misionera Xaveriana y psicoterapeuta

Ser hijos y hermanos

Estamos llegando al término de estas reflexiones. Tratar el tema de la comunicación nos ha llevado inevitablemente a hablar de la relación con los demás. Relación y comunicación se definen mutuamente. Si es cierto que el comunicar puede crear o destruir la relación, es igualmente cierto que la relación establecida acaba por determinar nuestra comunicación. Cambiar nuestra forma de hablar, es cambiar nuestras relaciones. Cambiar nuestras relaciones significa cambiar nuestras palabras.

Cada persona lleva adentro el sello de una Alteridad que le hace anhelar la comunión verdadera y definitiva, aun cuando la distorsiona, la interrumpe o la niega. El don de la comunicación es el don de la vida del Padre que se expande gratuitamente sobre cada uno de nosotros, haciéndonos hijos suyos.

No se trata simplemente de «ser» hijos, sino de llegar a serlo y de sentir que lo somos. Es don y responsabilidad, camino y meta, punto de partida y de llegada. Es un don que puede ser negado, reprimido o reducido a algún aspecto. Prueba de esto son las innumerables dificultades y obstáculos que encontramos en el camino hacia una relación plena y auténtica con el otro/Otro.

Llamar y sentir a Dios como Papá, es lo que transforma radicalmente nuestra manera de relacionarnos con Él y con nuestro prójimo. Si Él no es nuestro Padre, difícilmente los demás podrán ser nuestros hermanos, y viceversa. Nuestras palabras, nuestra comunicación, revelan, construyen o limitan, a fin de cuentas, el rostro de la alteridad que se expresa en las relaciones fundamentales de la paternidad/maternidad, la filiación, la hermandad, tanto natural como divina, del ser esposos y amigos.

El hijo «pródigo»

La parábola del hijo pródigo parece representar de forma narrativa lo que significa pasar del espíritu de esclavitud al de hijos. La imagen que hace de trasfondo al relato es la del «regreso», aquel retorno a la casa paterna, al jardín de los orígenes que parecía cerrado para siempre, donde Dios, paseando a la brisa de la tarde, platicaba con el hombre. Puede ser vista como una imagen de toda la historia de la salvación, de este intento de regreso a la comunión primigenia, de la que el hombre se había alejado altivamente confiando en su propio proyecto. Puede, por ende, ser la historia de cada uno de nosotros, de nuestras innumerables tentativas de volver a aquel «encuentro» que nos hace personas y que sólo puede darse porque Él accede amorosamente a esperarnos y correr hacia nosotros con los brazos abiertos.

La parábola de San Lucas, cuya riqueza no pretende ser agotada por estas sencillas reflexiones, nos presenta diferentes maneras de entender la paternidad y, por consiguiente, de ser hijos y hermanos. Hay una manera, la del hijo menor, que puede cambiar, pasando también a través de pruebas y rechazos. Hay otra, la del hijo mayor, que rehúsa la transformación, se encierra en una postura inflexible. Intentaremos a continuación seguir la

evolución de estas modalidades a lo largo de las etapas más significativas de la narración; etapas que bien pueden constituir un camino pedagógico para reconstruir la relación en todas sus dimensiones, tanto humanas como divinas.

El hijo menor

Antes de todo, el hijo menor pide al padre su parte de herencia y éste accede sin poner objeciones. En esa etapa, el padre es visto como alguien que tiene simplemente una responsabilidad material y que no debe interferir en la vida del hijo. El hijo menor es presentado como el que busca su autonomía luchando contra el padre y niega, contradictoriamente, su dependencia de él. Pide la herencia, pero para hacer lo que quiere. No la ve como un regalo sino como algo que se le debe. La dependencia se percibe como un obstáculo para su libertad.

Conocemos qué sucedió con sus sueños de grandeza y autosuficiencia: acabó teniendo hambre, una necesidad tan básica y tan cercana a la vida animal. El hijo aparece ahora como el que experimenta la falta de aquellos bienes que el padre le podía asegurar. Decide volver, pero como esclavo o jornalero, no como hijo; como si la filiación fuera algo que se pudiera perder de la misma manera que los bienes heredados. Sin embargo, comprende que su lejanía no pudo haber roto del todo la relación. Está dispuesto a reconstruirla, pero en un escalón más bajo, el de la relación esclavo-amor. Acepta de nuevo la dependencia, pero ahora en condiciones de desventaja. Debemos reconocer que las motivaciones que lo empujan a regresar no son las más sublimes.

El padre es visto ahora como alguien que puede satisfacer las necesidades básicas de la vida y dar así un poco de seguridad. También es considerado como un patrón justo, que acepta la enmienda y ofrecimiento del hijo. Se ha percatado de que sus jornaleros tienen pan en abundancia. Pero, a la vez, percibe confusamente que la relación con el padre tiene algo **qué que** ver con el cielo, es decir, con la trascendencia.

El padre

El padre, sin embargo, supera las expectativas del hijo-esclavo. Se manifiesta en la gratitud, en la conmoción y en aquel conjunto de acciones que lanzan una luz sobre la profundidad de su amor de padre: lo ve de lejos, corre a su encuentro, se echa a su cuello y lo besa efusivamente. Se puede apreciar como un *crescendo* de las acciones, cada una hace más explícita y profunda la anterior. El padre no se contenta con acogerlo otra vez en la casa. El amor se expresa en hechos concretos, hechos humanos y divinos a la vez. En realidad, el padre nunca había dejado de amarlo y, porque se porta como tal, hace comprender al hijo-esclavo cuál es su verdadera identidad y dignidad: desde siempre lo estaba esperando, solamente quería de él la decisión de volver.

En este punto la relación es percibida como un lazo de amor que no puede ser destruido por lo que el otro pueda hacer o decir. Al contrario, parece que después de la prueba la relación es más fuerte que nunca, comparada con el paso de la muerte a la vida-resurrección. Es tanta la alegría del padre por este hijo que ha vuelto, que parece no tener límites su deseo de compartirla: hace que los siervos lo revistan con el mejor traje, que le pongan un anillo en la mano y sandalias en los pies, como para la coronación de un rey. Luego viene el banquete, con el novillo cebado, al que todos están invitados a participar. Actos sencillos,

acciones humanas, a las que se les confía la tarea de revelar el Cielo. El que se fue como un malagradecido, vuelve como esclavo y se encuentra con la dignidad de un rey.

El hijo mayor

El hijo mayor parece quedarse al margen de todo lo que sucede. No tiene el valor de preguntar a su padre qué está ocurriendo. Lo hace indirectamente, por medio de un esclavo. Vive en la casa paterna, sin embargo, no tiene la valentía de pedir nada. Pretende sin pedir. Su hermano por lo menos exigió su parte de herencia. También el hijo mayor tiene miedo a la dependencia, pero a diferencia de su hermano, quiere que sean los demás quienes lo necesiten a él. Tampoco puede regocijarse por la alegría de su padre, no puede aceptar que su hermano haya cambiado. Está encerrado en su prejuicio, impermeable ante cualquier nuevo cuestionamiento o pregunta que le venga de la realidad externa. Si se abriese a la alegría, tendría que cuestionar su vida, sus parámetros y seguridades.

Ve a su padre como alguien al que no se puede desobedecer, que da según la sumisión ofrecida. De hecho, le recuerda que él no ha malgastado sus bienes ni ha ido con prostitutas.

Considera a su hermano como una amenaza para el «puesto» que ocupa ante el padre. El valor de la relación se limita a las tareas confiadas y cumplidas a la perfección. Este hijo mayor es un buen representante de aquel nefasto moralismo cristiano que cree que el perdón y la misericordia de Dios se tienen que merecer. Todo se debe ganar, quizás también pagar, hasta el amor, la ternura, la gratitud.

Aun así, el padre sigue considerándolo como un hijo, alguien que está siempre con él, que tiene acceso a todos sus bienes. Pero era necesario celebrar una fiesta por el hermano que había muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado.

Nuevas relaciones

La parábola nos ha conducido poco a poco a descubrir que quien no se siente y convierte en hijo del padre/ Padre, no puede sentirse hermano. Del mismo modo, quien no se siente padre y hermano no puede acoger a nadie como hijo o hermano; tal vez solo sólo como esclavo o jornalero. En efecto, parece que toda la narración nos empuja a hacer nuestro no sólo el corazón del hijo que vuelve, sino también el del padre que sabe esperar y que, acogiendo al hijo tal cual es, le da una dignidad nueva.

No es raro ver que en nosotros están presentes un poco todos los matices de esta experiencia, a veces en sus manifestaciones más negativas: la lucha por la autonomía a expensas del otro; el miedo a depender y perder la libertad; la necesidad de que el otro «me necesite»; aceptar ser menos con tal de no perder los beneficios de los demás; el no dejar que el otro cambie para quedarnos como somos... Matices y modalidades que nos revelan quiénes queremos que sean Dios y los demás para nosotros.

Realmente es algo sobrecogedor ver cómo estas frágiles relaciones humanas son, a fin de cuentas, el camino del Reino. No sabemos si en la vida eterna habrá o no palabras, pero sí sabemos que habrá amor y conocimiento pleno, es decir, relación. Relación que empieza desde aquí y de la que nuestras palabras son el signo y el vínculo más bello.